



refería á mí, no festigo presencial, sino uno de los actores del incidente. El coronel teniente coronel de estado mayor Rodríguez Bruzon, recibió del general Bassols la orden de tomar unos 20 caballos de Lusitania y adelantarse á Astrain y Musu-Astrain con ellos. Pasa bien, con esta vanguardia me fui yo, llegamos á Astrain y después á Muru-Astrain, sin ver en esos pueblos mas que mujeres, niños y un par de curas. Los chicos de caballería flanquearon y registraron el pueblo y contornos, uniéndose al resto de la sección que volvía á incorporarse al ejército, en marcha ya, pues era muy tarde, hacia el Portillo y sus cantones. Nosotros éramos esos carlistas que perseguíamos al ejército, según queda explicado.

El pretendiente no para un momento en Tolosa ni en Durango, y como no se arreve á ir con frecuencia á Estella, llamó ántesayer á Mendiry á Lecumberri, que dista cinco leguas de aquí, le invitó á almorzar, agasajo que rebuzó, limitándose á conferenciar con él largo rato, quejándose amargamente del poco entusiasmo que hay en las poblaciones rurales por su causa y la tolerancia que observan los comandantes de armas carlistas con los liberales, permitiendo circulen LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, la Epoca y el Diario Español entre las filas de sus soldados. Mendiry debió amostazarse con estos cargos y decir que haría hacia bastándose contra hermanos y caballeros y no pedía seguir otra conducta con los liberales que la que siguen los generales del ejército regular con los suyos.

lloñ 207'87 pesetas, equivalente á cuatro millones 830228 reales que necesita el ejército carlista todos los meses. Al leer esto cualquiera creará en la formalidad de nuestros enemigos; pero como consta que hay meses en que las provincias vasco-navarras han contribuido en dinero y raciones con más de doce millones de reales, sepuede asegurar es inexacto el cuadro de fuerzas y solo ha de considerarse como una justificación á los ojos de los que aun contribuyen en Europa á la ruina de España.

Trinidad de Irurzum y atrincherar la línea entre este punto y Lecumberri. Ha sido concedida la gran cruz de Carlos III al señor conde de Torres Cabrera, gobernador de Córdoba, y la de Isabel la Católica á D. José Antonio Buxerels. También se ha firmado hoy igual concesión, que ya habíamos anunciado, para el Sr. D. Bernabé Morcillo. Ha sido nombrado médico director de los baños de Carballino D. Pedro Barroso. Ha sido nombrado oficial de la clase de primos de la inspección de estafetas ambulantes, D. Jorge Duque.

dante, en permuta del segundo de capitán y por la herida grave recibida en campaña, á D. Emiliano Berenguer y Salazar. Se ha concedido el grado de teniente coronel, en permuta del empleo de comandante, al que lo es de infantería de marina D. Juan Gay y Gonzalez. Ha sido destinado al batallón cazadores de Cuba el teniente coronel don Antonio Marcó y Ordoñez. A las diez de esta mañana se ha recibido en el ministerio de Marina el siguiente despacho, confirmando las noticias que sobre el asunto anticipamos anoche en la edición de Madrid.

ta salió reuniéndose al grupo que la aguardaba á unos treinta pasos de la casa. —Señor conde,—dijo á su marido,—acabo de significar á ese criado que habiéndose faltado al respeto, dentro de quince días tiene que dejar la plaza libre. —La cuerda se rompe siempre por lo mas delgado,—esclamó Saint Dutasse. —Señores, volvamos al castillo,—dijo la condesa tomando de nuevo el brazo de Józeres. Por el camino, y adelantándose un poco con él, la condesa, como si no fuera dueña de disimular mas tiempo la emoción que la dominaba, murmuró: —Mi querido tutor, tengo que pedirnos un favor inmenso. —Hablad, hija mia. —No creo digno para mis, hablar á Mr. de Gabrinoff del vergonzoso motivo que le ha traído á esta casa en ausencia de Cardoze; sufriré este dolor sin quejarme, pero desearia que otra persona le diera un buen consejo. —Yo le diré todo cuanto queráis. —Pues bien, decidme que durante quince días evite todo contacto con el guarda-bosque. A la animosidad que este le tiene, se reune hoy el perder por él su plaza y... ¡tengo miedo! balbuceó como estremeciéndose. —Contad conmigo,—murmuró monsieur Józeres. Mientras toda la sociedad regresaba al castillo, Santiago Cardoze, en el colmo de la alegría, y saboreando la sopa que hacia tanto tiempo le aguardaba, no dejaba de repetir: —Dentro de quince días seré libre. Cuando subió á su cuarto, una rayita de luz pasaba por debajo de la puerta del de su hija. —¡Te has acostado, Nicolasa?—preguntó sin entrar. —Todavía no, me estoy desnudando. —¡Estás mejor? —Si, padre, y el sueño me acabará de reponer. —Entonces, buenas noches. —Buenas noches, padre,—murmuró la muchacha sin abrir la puerta. El guarda-bosque entró en su cuarto y el contento le procuró tan profundo sueño, que ni siquiera oyó los relinchos del caballo del doctor Perrier,

que atado á la puerta de hierro que daba entrada al parque, se impacientaba por la larga visita de su señor. Al día siguiente Santiago encontró á su hija levantada antes que él y ocupada en las haciendas de la casa. —Estás aun pálida, hija mia,—murmuró. —Ya se pasará, padre,—repuso ella tranquilamente. —Dentro de quince días seremos felices,—murmuró el padre, que creía á su hija temerosa de las audaces pretensiones del conde de Gabrinoff. Con febril impaciencia el guarda contaba los días y las horas que le separaban de su libertad. —¡Cinco días no más!—se dijo una mañana levantándose al ser de día para ir á perseguir á los rateros, que se habían vuelto doblemente audaces desde que se había estendido por el país el rumor de la partida de Santiago. Tres horas después en el castillo se producía un gran trastorno por una espantosa noticia que acababa de llevar el joven criado Bricard. Al entrar en el cuarto del conde para vestirle el conde no estaba y el lecho parecia intacto. Después de haber preguntado á todos los criados si habían visto salir al señor del castillo, Bricard salió á buscar á su amo por el parque. Pocos momentos después llegaba pálido y descompuesto á anunciar que en una espesura, á cien pasos de la casa de Santiago Cardoze habia encontrado el cadáver de Mr. de Gabrinoff.

Con la bata suelta, sin ropa interior, con los cabellos simplemente recogidos, la condesa estaba en ese abandono de la mujer que acaba de salir del lecho y se juzga libre de miradas indiscretas. Al golpecito que el caballero dió en la puerta, creyó responder á su camarera, y á la vista de Saint Dutasse, que se presentó grave y triste, una nube oscureció su frente. —¡Contrariedad justa de toda mujer bonita sorprendida sin vestirse!—pensó el caballero. Pero al punto el rostro de Berta robó su naturalidad y la joven exclamó sonriendo: —¡Ah! ¡mi querido caballero! En vuestro aire contrito, advino lo que os trae. ¡Habeis muerto otro perro! ¡el tercero en once días! ¡y venis á que interceda por vos con mi marido? Saint Dutasse cortado por aquella inesperada jovialidad, no supo qué decir y movió tristemente la cabeza. —¡Qué es lo que sucede entonces?—murmuró la condesa. —Para haceros venir tan temprano es preciso que ocurra algo. Hace un rato que desde esta ventana me parece ver á los criados correr de un lado á otro con azoramiento, y ya iba á llamar para que me dijeran si esta agitación era causada por algun accidente. —¡Un accidente! no, señora, ¡es una desgracia! —¡Una desgracia!—esclamó Berta seriamente alarmada. —¡Una desgracia horrible!—repitió Dutasse. —¡Dónde? ¿cuándo? ¿á quién? ¡Hablad, caballero, hablad! —Mr. de Gabrinoff...—murmuró el caballero. —¡Una caída del caballo? ¡está peligrosamente herido?—interrumpió Berta con ademán febril. —Mr. de Gabrinoff no está herido... ¡está muerto!—articuló lentamente el caballero. —¡Muerto! ¡esclamó la condesa con la vista estraviada, ronca la voz. Saint Dutasse, ante aquel justo dolor, armóse de toda su energía y dijo: —¡Muerto! ¡asesinado! Su cadáver acaba de ser descubierto en el parque. Mr. de Gabrinoff vaciló, quiso ha-

blar y solo estas frases entrecortadas salieron de sus labios: —En el parque... Santiago... la justicia... buscad á Mr. Józere... Y sin acabar de pronunciar el nombre de su tutor, cayó desvanecida sobre el sofá. Después de llamar á las doncellas para que socorriesen á su señora, Saint Dutasse salió del cuarto llevándose con él al niño Francisco, al que creyó deber arrancar á tan dolorosa escena. —¡Pardiez!—se decía saliendo al patio del castillo. —¡Yo que contaba venir á divertirme...! ¡Todo esto tiene mucho de interés; pero nada de divertido! Cuando, obedeciendo las órdenes de la condesa, quiso enviar á prevenir á la justicia, supo que Bricard habia partido ya con aquel objeto, contando tambien avisar al doctor Perrier para que ayudase á la justicia en sus investigaciones. Del castillo, la noticia habia pasado á la aldea, cuyos habitantes habian corrido á la verja que cerraba el patio, espiondo la llegada de la justicia y haciendo diferentes comentarios sobre el asesinato. El nombre del supuesto asesino pasaba de boca en boca. Aquel nombre era el de Santiago Cardoze. Saint Dutasse pasaba de uno á otro grupo con el niño de la mano que parecia encantado de la animación que se advertia aquella mañana, sin comprender el siniestro motivo que la producía. —¡El marido de tu hermana? Acaba de partir para un largo viaje sin despedirse, y por eso lloralla,—había dicho el caballero al niño cuando este le preguntó la causa del pesar de Berta. Después de pasear al niño por entre los grupos, el caballero se dijo que valia más dejarle en la ignorancia propia de su edad, y haciéndole una caricia en la mejilla, exclamó: —¡Vete á jugar, hijo mio. Francisco, dichoso de verse libre, dió dos ó tres pasos por el patio y se lanzó al castillo saliendo por la puerta del parque. Mientras llegaban los magistrados, el caballero subió á su cuarto, en donde se encontraba Bourguignon que, como

XVII.

Prevenido de los primeros por su fiel Bourguignon el caballero de Saint Dutasse, se encargó de comunicar á Mad. de Gabrinoff el trágico suceso que la hacia viuda. La encontró en su habitación dando á Francisco su lección de la mañana, y cuando decimos que le daba la lección, cometemos un error. Los libros y los cuadernos estaban esparcidos sobre la mesa; pero al entrar el caballero, Berta apoyaba sus dos labios en la cicatriz que el niño llevaba aun en la frente este mientras, decía riendo: —¡Cuanto me abrazas hoy!



